

y ninguno de ellos tuvo tiempo para pensar en corregir los abusos.

Al disminuir el valor moral de cada hombre, fué necesario adoptar la táctica de las masas y de las columnas para suplir al valor y á la energía personal. Entónces á Folard (1752) se le ocurrió la idea de la columna, cuerpo de infantería estrechamente unido en un cuadrilongo prolongado y en el cual apenas quedaba espacio á los soldados para marchar y servirse de las armas. Esta columna se compone de uno á seis batallones y de mas ó ménos filas con arreglo al país, y puede tener veinte, veinticuatro ó treinta filas á lo mas en terreno llano, y reducirse hasta diez y seis si el terreno lo requiere. La divide en tres secciones sin separacion entre sí en el momento de la pelea. Separa siempre de la columna las compañías de granaderos, sirviéndose de ellas para la reserva y apoyo, y las coloca á la cola y á los lados de la última seccion. Los oficiales, sarjentos y cabos se colocan á la cabeza, á la cola y á los dos flancos de la columna. Los batallones constaban de quinientos hombres, es decir, cuatrocientos fusileros y cien alabarderos, sin contar los granaderos ni los oficiales, y se colocan en cinco filas. La columna se dividió en dos partes y cada una de estas de cinco en cinco filas.

Tal es la columna de Folard, primera tentativa *teórica* de una táctica nacional. Es ménos vulnerable por los fusiles, pero mas por la artillería; luego ocurre la dificultad de formarla en línea cuando es necesario. Sin embargo, con ella se sostuvo la batalla de Denain (1712), y ciertamente se hubiera obtenido ventaja sobre las tropas de Europa ordenadas en largas líneas; pero los ánimos no estaban dispuestos á aceptar esta ni otra reforma del arte, y se continuó con las antiguas costumbres.

En cuanto á la formacion de la batalla, se hallaban en la incertidumbre ó buscaban una simetria incompatible con la variedad de los accidentes. De aquí resultó la inferioridad de los Franceses en la guerra de Sucesion, así como la languidez de las operaciones, las campañas sin resultado, cuando se dijo que se maniobraba sin combatir y se combatía sin maniobrar. En ella tanto Eugenio como Malborough cometieron errores, y en un teatro vastísimo y con grandes ejércitos eran pequeños los planes y las batallas sin resultados; sin embargo, despues de la batalla de Hochstadt Luis XIV hubiera sucumbido, si los aliados se hubiesen concentrado en una direccion única en lugar de operar en toda la extension.

La castrametacion se perfeccionó en los campos de instruccion en tiempo de paz, y se acomodó al orden de parada, que de allí en adelante prevaleció sobre el orden en columna.

El aspecto científico que tomaron las armas, se manifiesta en las instituciones para la enseñanza de la juventud en esta carrera. Los colegios militares atestiguan que la guerra habia llegado á ser una ciencia, y como tal requería

el auxilio de las otras ciencias y progresaba conforme á los progresos de estas. Por otra parte, la marina militar probaba el progreso de la sociedad, del comercio, de la industria y del vínculo que une las fuerzas conservadoras á las productoras. Á esto hay que añadir que se reunieron las cartas, los planos y las memorias del depósito de guerra y que se estableció el hospital de los inválidos.

§ 59. ESCRITORES MILITARES DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

Feuquières, hombre de grande ingenio, aunque no de leal carácter, se complació en disminuir la gloria de algunos y aumentar la de otros; ensalza especialmente á Condé y rebaja á Tallard; en general es justo con los muertos á costa de los vivos. Es claro en el estilo y en la exposicion cuando la cólera ó el rencor no le ciegan; su descripcion militar del Piamonte es un modelo digno de imitarse.

Tallard, segun las preocupaciones de su tiempo, dió grande importancia á los ataques de todo el frente, hasta el punto de negar el nombre de batalla á los de orden oblicuo. Rara vez se remonta á principios generales, complaciéndose en particularidades, y partiendo siempre de postulados que acepta como incontestables. Sin embargo, ve los abusos de su tiempo; exclama que « se debe elevar segun la justicia y recompensar segun los servicios; » reprueba los pequeños regimientos que aumentan extraordinariamente los estados mayores y el lujo de las divisas uniformes que entónces principiaban á usarse, no debiéndose cargar al soldado de objetos de que apenas se sirve mas que en un dia de parada; piensa con Montecúcoli que la guerra defensiva requiere mas arte y mas caballería que la ofensiva. En su tiempo se hizo general el uso de bombardear las plazas. Se cuida poco de la administracion, lo mismo que los demas de sus contemporáneos; sin embargo, tenemos algunas particularidades, entre ellas que los soldados estaban algunas veces tan mal alimentados, que algunos morian de hambre, hasta cuando se hallaban de guarnicion, que Louvois hizo muchas pruebas para sustituir el pan con un alimento de ménos incómoda preparacion. Mejor es la idea de dar á los caballos paja triturada, la cual mezclada con un grano cualquiera, especialmente al trigo de Turquía, fué muy útil en la guerra de España.

Ya hemos hablado de Folard, el cual con su columna, aunque no exenta de defectos, acostumbro á abandonar la rutina, y dió origen al que se llamó orden profundo ó frances. Guibert, que le desacreditó tanto como hasta entónces habia sido admirador, le echa en cara su admiracion hácia los antiguos, la cual se ve especialmente manifestada en los *Comentarios á Polibio*, en cuyo texto se halla la comparacion

entre la táctica de los Griegos y de los Romanos, y en los *Comentarios* entre la de los antiguos y los modernos. Conoce perfectamente todos los autores, y tal vez escribe un capítulo sobre lo que hubiera debido hacer Régulo en la batalla de Túnez, ó cómo hubiera vencido infaliblemente Varron en la de Cánna, ó cómo debiera obrar Waldstein en Lutzen, etc. Sin embargo, tiene un vigor que nadie ha alcanzado, una aficion decidida y profunda á su profesion; si le falta con frecuencia el método, nunca carece de fuego y fecundidad; si no ve con claridad y con justicia, rara vez lo hace sin habilidad y sin talento, y por todas partes encuentra en seguida medios infalibles, y perdiéndose en proyectos imposibles y en medios inaplicables, descuida lo que es de todos tiempos y lugares, es decir, la formacion y estructura del ejército, su relacion con la sociedad y la de la guerra con la administracion.

Sin embargo, demuestra conocer al hombre, y especialmente á los que se dedican á las armas. « Es necesario, dice, tratar de convencer » y suplicar á los soldados y oficiales que tienen tanta ventaja que no pueden ser arrojados de sus puestos sin una manifiesta cobardía por su parte y sin que de ello les resulte un baldon eterno. Todo depende de hacerles comprender la fuerza de las trincheras y la dificultad de separarlas: hágase bajar al foso á unos cuantos soldados en presencia de todos los demas, y mándeseles que pasen al foso y procuren subir á los parapetos; el ver la dificultad de la operacion será mas conveniente que todos los razonamientos y arengas del mundo para demostrar la superioridad de la defensa, y conocerán por experiencia cuántos obstáculos tendrá que vencer el enemigo si se le hace resistencia. »

Fueron reunidos varios trozos de su obra en otra titulada *Esprit de Folard*, que se supone ser de Federico II, donde hallándose reunidas sus ideas pueden verse mejor, y son un continuo panegrico de la columna y de la mezcla de las armas; cree que la artillería es inferior á las máquinas antiguas, y por tanto no le da demasiada importancia, apoyándose constantemente en los antiguos.

« Los Griegos y los Romanos formaban pequeños escuadrones, porque la utilidad de la caballería consiste en la accion y en la celeridad de las maniobras. Los movimientos pesados no le convienen; los flancos quedan tan débiles que un pequeño cuerpo de tropa puede batir con suma facilidad otro grande, si la ataca por el flanco. La fuerza de la caballería de Anibal consistía en la agilidad. Gustavo, y antes que él Adolfo de Nassau, habia adoptado el método de los Romanos: tenia dos líneas, una reserva y los batallones en cuadros, y combatian siempre con diez ó doce filas de fondo. Sin embargo, tenian dos terceras partes de mosqueteros en cada cuerpo; pero, segun la costumbre de Condé, Turena y Luxem-

burgo, venian inmediatamente á las manos y combatian con arma blanca. Cuando se formaron cuerpos de infantería regular, perdió en consideracion la caballería, y los caballeros probaron que era grave habérselas con buena infantería (1).

» Gran descrédito resultó á la guardia real en la batalla de Contras, donde Enrique IV hizo uso de un expediente que le enseñó el almirante Coligny, y que consiste en intercalar en los huecos de los escuadrones grupos de infantería de veinte hombres armados de mosquetes, cinco de frente y cuatro de fondo. Este recurso habia sido empleado en Pavía por los Españoles mandados por Antonio de Léiva; Coligny se acordó de él y Enrique le empleó constantemente, así como Gustavo Adolfo, el marques de Montross en Escocia, Turena en Jushem, y el duque de Weimar en todas partes.

» Se combatía por escuadrones antes de dejar las lanzas y suprimir la guardia real; pero eran tan pesados como los Persas, que peleaban en doce ó mas filas. Igual número se empleaba aun en tiempo de Waldstein y Gustavo Adolfo, quien las disminuyó y mezcló con ellas partidas de cincuenta mosqueteros.

« La caballería española moderna tenia movimientos atrevidos, pero no bastante seguros. Antes de dar el ataque con el grueso del ejército, se adelantaban veinte ó treinta hombres que, sin disparar un tiro, se arrojaban espada en mano sobre los escuadrones enemigos, y mientras trataban de penetrar en ellos, su escuadron se aprovechaba del desorden para vencer. Los Turcos imitan este movimiento, que muchas veces les sale bien. »

La parte mas importante para los militares, pero mas fastidiosa para los demas, es la descripcion minuciosa de las batallas de entónces.

El mariscal Puysegur reúne mayores títulos á la confianza de los lectores, pues narra con aire de hombre juicioso y pensador, y agrada participar de su opinion siempre que las preocupaciones de su tiempo no se sobreponen á su buen sentido. Combate los abusos que se habian introducido en la guerra, con todo aquel respeto que se debe hasta al error, para sustituir á ellos otros principios *mas sencillos y útiles*, fundados en el buen sentido y en la experiencia, y teme que esta novedad desagrade á antiguos y respetables oficiales habituados por sus predecesores á ciertas costumbres. « Hace algun tiempo, dice, hubiera podido manifestar mis principios, pero cuando se ocupan empleos inferiores y se quiere dar á luz conocimientos adquiridos con gran trabajo, se halla entre los superiores muchos que lo toman á mal. Entón-

(1) La caballería marchaba al paso ó al trote como siempre hasta que dejaron de sostenerla los capitanes. Podia por lo mismo combinarse en pequeñas partidas con la infantería, y por consecuencia, como esta tenia armas de fuego, la puso facilmente en desorden, obligándola á llevar un paso á que no estaba acostumbrada.

ces la modestia y las consideraciones que se deben á las personas de mérito y constituidas en dignidad, imponen silencio, y los que le rompen tienen que sentir. Muchos lo han experimentado y los demas quedan disgustados al comunicar ideas que podrian ser ventajosas. Por esto se perpetúan tan antiguas prácticas.»

Esta es una verdad de todos los tiempos, y agrada verla profesar por un mariscal. Pero habia subido á aquel puesto pasando por todos los inferiores, en los cuales confesaba haber visto que tanto en la batalla como en las evoluciones preparatorias es impracticable la mayor parte de lo que se enseña en los ejercicios. ¿No consiste, aun hoy mismo, toda la enseñanza tanto teórica como práctica del gran arte de la guerra en eso que se llama ejercicio, tal cual le vemos en las revistas? Lo poco que en ellas se enseña se hace sin principios, siendo ó impracticable para todos los movimientos que se hacen enfrente del enemigo y en las batallas, ó absolutamente perjudicial. Los instructores convienen en esto, pero no sabiendo qué enseñarles en su lugar, se contentan con decir: esto hace ágil al soldado.

Puysegur está persuadido de que la práctica no es suficiente para formar buenos oficiales, pues si así fuese, los cabos y brigadas veteranos serian los mejores jefes: son necesarias teorías y conocimientos, precedentes despues de los cuales basta una ligera práctica.

Detenido por su modestia no presenta un verdadero sistema, sino una serie de oportunas, ingeniosas y sólidas discusiones. En la primera parte se hace cargo de las milicias griegas y romanas, y de los escritores que de ellas trataron de propósito ó por incidencia, y luego pasa á los modernos. Habla despues del modo de mandar á uno ó dos batallones ó escuadrones, y colocarlos en batalla aprovechándose del terreno ó supliendo lo que le falte. Prefiere los pequeños ejércitos á los grandes, y por consiguiente el orden oblicuo, pues en un ejército numeroso hay el grave inconveniente de no poder reunir con facilidad todos los oficiales generales. Recomienda mucho los órdenes de batalla de los antiguos, porque cada oficial combatia con su propia tropa. Los órdenes de batalla mas sencillos y que con mas facilidad se forman, son los únicos que se deben usar. Lo mismo puede decirse de los movimientos particulares. El batallon que mejor conserva el orden y que cuando no puede ménos de romperle, sabe recomponerse inmediatamente, tiene gran ventaja sobre aquel á que combate.

Despues de hablar de todas las particularidades de la táctica, pasa en la segunda parte á ponerlas en accion y en guerra: entónces no combate ya los malos reglamentos de su tiempo y finge una guerra en los alrededores de Paris, aplicando á ella sus máximas sacadas de la práctica de los mas ilustres generales.

El marques de Santa Cruz, Español, en sus *Reflexiones militares*, se eleva á lo mas sublime

del arte, especialmente en lo que tiene relacion con la parte moral y alta estrategia, y demuestra que las buenas teorías han sobrevivido en España á la decadencia del arte. Toma al soldado al entrar en la milicia y le lleva de grado en grado hasta el de general en jefe, haciéndole pasar en la práctica por todas las combinaciones posibles, con lo cual forma una enciclopedia militar en accion, útil en todos los grados y empleos, y acostumbra á su alumno á los golpes favorables y adversos de la fortuna, á los obstáculos, á la gloria y á las derrotas. Es una obra prolija, pero de ideas justas y la mas completa para la instruccion militar; pero aun no se conoca el sistema prusiano.

Por el mismo tiempo el padre Daniel escribió la *Historia de la milicia francesa* con los materiales que le sobraron de su *Historia de Francia*. Reune y dispone los hechos, no discute teorías ni asienta sistemas, y se propone presentar á la curiosidad de Luis XV los deberes, las prerogativas tanto de los oficiales como de los cuerpos que componian sus ejércitos, el interes de los guerreros, lo que tiene relacion con sus empleos, sus cargos y los cuerpos á que pertenecen; cosas que muchos no saben y conviene que las sepan. En ella se encuentran por consiguiente importantes detalles sobre las armas antiguas, sobre las máquinas de guerra en cuanto de ellas puede saberse, y sobre las batallas de la edad média. Presenta especialmente las cuestiones sobre preeminencia, los privilegios de cada cuerpo y el orden de colocacion de cada uno.

El marques de Quincy en la *Historia militar de Luis XIV* trae muchos detalles, pero frívolos y pueriles, al paso que descuida los puntos principales y las causas de las victorias y de las derrotas. Su *Arte de la guerra* trata de cosas insignificantes.

El señor de Turpin escribió un *Arte de la guerra*, que era comentarios de Vegetio, de Montecécúcoli y de César, en doce tomos, donde trata de todo sin sistema, sin talento y sin distincion de tiempos.

El Napolitano marques de Palmieri fué uno de los primeros que trataron de la guerra con apariencia científica; explicó las operaciones por medio de la geometría, resolvió muchos problemas, y demostró que todos los elementos deben concurrir en la guerra á un solo objeto, es decir, á ser ciencia.

§ 60. EL MARISCAL DE SAJONIA.

Á fines del reinado de Luis XIV la civilizacion se habia perfeccionado tanto que necesariamente tenia que cambiarse el arte de la guerra. Los castillos que eran el asilo de los poderosos magnates estaban destruidos; vastas fortalezas protegian los límites de los reinos, habia reunidas grandes fuerzas en los puertos; se elevaban ciudades donde ántes crecian los

bosques y matorrales; se extendian los límites de las ciudades; se mejoraban las calles; se habian afirmado los gobiernos, y aclarado el derecho de gentes, fundándole en el tratado de Westfalia (1648). Ya no habia necesidad de formar campamentos ni de atrincherarse cuando á casa paso y en todos los rios se hallaban ciudades y murallas preparadas; ya no convenia la numerosa caballería, cuando en vez de las extensas llanuras, se hallaban á cada paso barreras, fosos y vallados; nada importaba ocupar las gargantas y pasos cuando por todas partes habia multitud de caminos nuevos; el ocupar en un país algunas posiciones consideradas de grande importancia por la tradicion, era inútil desde que, por el aumento de comunicaciones, se podia ser adelantado por el enemigo; de nada servia abrir nuevos senderos al traves de los campos cuando el enemigo tenia grandes caminos para conducir su artillería. Esto sucedia especialmente en Francia, donde florecian el comercio y la industria y se habia cambiado la tenacidad antigua en ansia de complacer al príncipe y merecer sus favores.

En el exterior habian crecido dos nuevas potencias la Prusia y la Rusia, cuyo peso se sentia ya en los destinos de Europa. Pedro el Grande improvisó un pueblo y tambien un ejército con el cual venció al mas disciplinado de Europa, y en la batalla de Plutara (1709) recibió la Europa una gran leccion de táctica y fortificacion. Saliendo del camino trillado, segun el cual los ejércitos permanecian inmóviles detras de las trincheras en línea continua, él cubrió el frente de su infantería con siete reductos separados por grandes espacios y que encerraban dos batallones cada uno.

Era preciso que Francia pensase en ponerse á la altura de tales adelantos. Pero durante la minoría de Luis XV desapareció en la paz la disciplina y la emulacion: el regente, hombre práctico en la guerra, no pensaba mas que en gozar en medio de la depravacion de un poder momentáneo, y los ciudadanos solo trataron de enriquecerse en las especulaciones y el agiotaje; así fué que no disfrutaron de la larga paz conseguida á fuerza de sangre, para emular los progresos de las naciones competidoras.

Una de las buenas instituciones de aquel tiempo fueron las seis compañías de cadetes, para las cuales se llevaban de las provincias muchos jóvenes nobles á quienes la pobreza de sus padres no permitia darles educacion, recompensando de esta manera los antiguos servicios de los nobles y preparando el medio de que hiciesen otros nuevos. Consecuencia de esto fué el establecimiento de la escuela militar fundada poco despues.

Luis XV estableció milicias permanentes, excluyendo á los voluntarios y á los sustitutos; fijó en cuatro años el servicio y llamó á los solteros de diez y seis á cuarenta años, y á falta de estos á los casados, eligiéndolos á la suerte. Hubiera hecho una verdadera quinta

nacional, si no hubiese habido exenciones y privilegios. Segun se iban presentando las milicias se incorporaban en los regimientos de línea. Tambien iban aumentándose los *cuerpos francos*, tropas irregulares de infantería ligera que llevaban el nombre de los que las mandaban ó las habian organizado.

El juego y el lujo de la mesa y de los trajes servian para pasar el tiempo ocioso; los cargos elevados estaban repartidos entre las familias privilegiadas, de manera que generalmente los coroneles carecian de todas las cualidades necesarias; jóvenes elegantes llenos de vicios y que aborrecian las fatigas del cuerpo y del espíritu, solo dedicaban á fiestas y devaneos el corto tiempo que estaban en el cuerpo; rara vez veían á su tropa sobre las armas por temor de manifestar su propia inferioridad; el medio de que los oficiales obtuviesen adelantos, era solo la proteccion del joven coronel, que se conseguia apoyando y disculpando el mal. Se trató de poner coto á este y á los daños que á él iban unidos, estableciendo campos de ejercicios con la esperanza de que excitarian la emulacion, al paso que separaban á los soldados y á los oficiales de las guarniciones peligrosas; pero en vez de esto, solo fué un motivo de lujo y de gastos ruinosos.

Entónces (1720) fué á ofrecer á Francia sus servicios Mauricio, conde de Sajonia (1796-1750), que como extranjero y observador comprendió y describió aquellos ejércitos tales cuales eran, demostrando cuán perversos estaban por la indisciplina y rechazando continuamente el perjudicial ejemplo de los Prusianos. Pero no podia ejecutar reforma alguna porque eran contrarias á los intereses de muchos, y la única que llevó á cabo fué la marcha acompañada para evitar las separaciones y la confusion y hacer que el soldado ocupe el menor espacio posible en las filas, y que la tropa conserve en la marcha el orden primitivo de su formacion. El mariscal de Sajonia condujo la Francia á las batallas de Fontenoy, Rocoux y Lawfeld (1745-46-47); pero hubiera podido hacer mayores servicios, si hubiese creído posible que los Franceses ejecutasen las grandes maniobras, y decia que toda la táctica está en las piernas y que las batallas son el recurso de los generales ignorantes.

Mas que como general es notable como escritor militar, y aunque no compuso un tratado completo, manifestó sus impresiones y aplicó muy bien á la guerra el *conocimiento del corazon humano*. Con este nombre explicaba muchos hechos, de los cuales no puede darse razon de otro modo. «Suponed que una columna » ataque una trinchera y que su cabeza esté á » la orilla del foso; si á cien pasos de allí, fuera » de la trinchera, aparece un puñado de hom- » bres, la cabeza se detendrá ó no será seguida. » ¿Y por qué? *Es el corazon humano*... Cuando » hay precision de defender trincheras, es necesario guardarse de poner todos los batallo-

» nes detras de un parapeto, porque si el enemigo llega á superarle, huirán los que están detras de él. Esto sucede porque los hombres pierden la cabeza siempre que ocurren cosas que no esperaban. Esta es regla general en la guerra y decide de todas las batallas. Á esto lo llamo yo el *corazon humano* y es lo que me hizo componer esta obra (1). Creo que nadie ha pensado en buscar en él la razon de la mayor parte de los éxitos desgraciados de las empresas. La cosa mas insignificante lo cambia todo en la guerra, y los débiles mortales no atienden mas que á la opinion. »

De aquí deduce todas sus proposiciones ó reflexiones. No carece de novedad aquel colorido de sentimiento aplicado á las cosas de la guerra ni aquella filantrópica filosofia propia de aquel siglo. Y siguió lo mismo hasta el fin de sus dias; despreciaba las astucias cortesanas de su tiempo, vivia en Paris separado de la sociedad frívola, tituló sueños (*rêveries*) á sus memorias, y decia al morir á su médico: *Senal, he echado un hermoso sueño.*

No aprobaba que se saliese á campaña en primavera; costumbre que tuvo origen en los tiempos del feudalismo cuando los ejércitos se componian en su mayor parte de peones, separados de las labores del campo, y que por tanto convenia dejar en casa durante la recoleccion. Cuando salian en primavera volvian á sus ocupaciones al cabo de cuarenta dias, que era ordinariamente el tiempo del servicio. Pero teniendo ejércitos permanentes y sosteniéndolos todo el año, conviene mas esperar que los frutos estén recogidos y guardados, porque así se aseguran los víveres para el ejército y se hace ménos perjuicio á los pueblos.

Él fué quien introdujo la costumbre sana, cómoda y limpia de cortar el cabello, diciendo al mismo tiempo que en el vestido no se debe seguir la moda ni la opinion del pintor, sino consultar á los medios y la experiencia de los militares. Para la caballería propuso en vez de la brida la cabezada, con la cual puede pacer el caballo á todas horas sin tener que quitarle la brida, y sin que sea necesario que los que van de avanzada tengan todo el dia el bocado puesto y se hallen hambrientos por temor de una sorpresa. Á esta innovacion se han opuesto hasta ahora razones que no son acaso bastante fuertes.

En todo es sistemático y no atiende á la razon ni á la experiencia, y sus proposiciones sobre la organizacion, el vestido y la formacion de la infantería fueron desechadas. Conoció la debilidad de la infantería para los ataques en el orden de batalla y la utilidad de la lanza en la caballería, y vió la falta que hacía un sistema de táctica; pero no le pudo encontrar. Las demas opiniones sobre el armamento, el vestido y la disposicion de las tropas se llevaron á cabo en las alteraciones que sufrieron despues,

(1) *Mes rêveries.*

pero ántes que los Franceses las adoptaron los Prusianos y en general los Alemanes, que entonces iban en aumento; así fué que al principiar la guerra de los Siete Años (1756) se halló que los Hannovereses tenian los cazadores de á pié y de á caballo, que sirvieron de modelo de las tropas ligeras que luego se multiplicaron tanto.

Observó que los regimientos señalados con un número ó con el nombre de una provincia tenian mas entusiasmo que los que llevaban el nombre del coronel, que se cambiaba á cada momento y que no consideraban como propio. En vez de aprender cada regimiento evoluciones diferentes, procuró que se adoptase generalmente el ejercicio prusiano, que se desechasen cierto número de movimientos y tiempos inútiles, y que se ejercitasen en filas unidas. Quiere que el oficial no sea mas que un soldado mas perfecto, y encuentra absurdo que se elija esta profesion por moda ó como prueba de nobleza, y propone que se den pocos ascensos, á fin de que cada uno sepa puramente lo que es de su obligacion, y que se obtengan por emulacion. Esto haria desaparecer uno de los mas graves inconvenientes, el de que haya oficiales sin vocacion que mandan á hombres mas valientes que ellos y ántes de ser aptos para ello, lo cual es un resto de las costumbres del feudalismo, pues el señor mandaba á sus vasallos, aunque fuese un niño ó un hombre inepto.

Rindió culto á las ideas filosóficas de su tiempo, cuando creyó que se podria obtener una raza de hombres hermosa y robusta, casi á la manera espartana, por medio de matrimonios temporales; sin notar, como tantos otros estadistas, que la poblacion aumenta, no multiplicando los nacimientos, sino los medios de subsistencia.

Decia que á los Franceses de entonces les faltaban dos circunstancias que parece implican contradiccion: la movilidad, á causa de sus numerosos batallones que no se podian mover sin romperse, y la inmovilidad, porque no podian resistir á pié firme á la caballería, ni sabian suspender el fuego ni conservarse en su puesto. Insiste con muchas razones en que los oficiales se coloquen en las filas para que animen ó contengan á los soldados, y para que estos no se vean excitados á disparar demasiado pronto, querria que se les hiciese llevar el fusil sobre el hombro derecho, como cazadores.

De jóven estaba entusiasmado con Onexandro; así, pues, el lector verá con gusto la descripcion que á su vez hace de un general en jefe en el dia de una batalla.

« El dia de la batalla el general no debe hacer nada; así verá mejor, conservará mas libre el juicio, y se hallará en mejor disposicion para aprovecharse de las situaciones del enemigo durante la accion; y cuando se le presente una oportunidad, deberá acudir con presteza adonde sea necesario, tomar las primeras tropas que encuentre, hacerlas avan-

zar á toda prisa, y exponer su propia persona. Esto decide de las batallas y asegura la victoria.

» No digo dónde ni cómo debe hacerlo, porque la variedad de lugares y de las posiciones que el combate produce, deben demostrarlo; todo consiste en notarlo y saberse aprovechar de ello. El príncipe Eugenio poseía en alto grado esta cualidad, que es la mas sublime de la profesion y que prueba un gran talento. »

Pero la práctica estaba muy distante de esta teoria. « Muchos generales en jefe, en un dia de batalla, solo se ocupan en hacer que las tropas marchen bien alineadas, en ver si conservan bien las distancias, en contestar á las preguntas de los ayudantes de campo, en enviarles á todas partes, en correr sin descanso, en una palabra, en querer hacer y no hacer nada. Yo los considero como hombres á quienes se les va la cabeza y no ven nada, ni saben hacer mas que lo que han hecho toda la vida, es decir, conducir las tropas ordenadamente. Esto proviene de que son muy pocos los que se fijan en los grandes fines de la guerra; los oficiales pasan la vida en instruir tropas y creen que en esto consiste el arte militar; cuando llegan á mandar un ejército, son siempre nuevos, y no sabiendo hacer lo que deben, hacen lo que saben. »

No fué así el mariscal de Sajonia. En la batalla de Fontenoy estaba agobiado por una de esas enfermedades que quitan el vigor, una hidropesia, y decia: *Seria curioso que viese una bala á hacerme la pintura.* Y sin embargo venció, y Federico II, hombre capaz de juzgarle, le escribia poco despues: « Disputándonse estos dias cuál de las batallas de este siglo hacía mas honor al general, unos dijeron que la de Almansa (1), otros que la de Turin (2), pero todos convinieron en que era aquella en que el general estaba moribundo cuando se dió (3). »

§ 61. FEDERICO II.

No bastaba que naciesen algunos grandes generales; era preciso que algunos de ellos creasen nuevos sistemas, mayor movilidad en las masas y mayor rapidez en las marchas, á lo cual contribuyeron las mejoras parciales obtenidas. Algunos ya lo habian conseguido, como Turena en las rápidas expediciones de sus pequeños y escogidos ejércitos; pero entonces se habian aumentado considerablemente, se habian hecho mucho mas extensos los frentes y multiplicado los oficiales, y por consiguiente se habia disminuido el afecto de los soldados al jefe superior y el conocimiento que este tenia de sus soldados. Esta revolucion se debe á Federico II (1712-86).

(1) En ella venció el duque de Berwick.

(2) Venció el príncipe Eugenio.

(3) Nisas.

Encontró este un ejército que su padre habia hecho perfecto en todas las particularidades; solo sus soldados sabian cargar con prontitud el fusil, dirigir bien los tiros, y disparar seis veces por minuto; solo ellos tenian baquetas de hierro, sabian marchar en fila y unir el silencio, la celeridad y el orden. Verdad es que no estaban aguerridos, porque nunca habian combatido mas que como auxiliares; su caballería solo se distinguia por componerse de hombres y caballos escogidos; por lo demas no sabía avanzar para hacer fuego sino á trote corto, y atacaba á manera de los forrajeadores. Federico Guillermo habia dado una ridícula importancia al vestido; los soldados gastaban el tiempo en pulir, barnizar y blanquear; se lustraban los cascos de los caballos y se les trenzaban las crines con cintas; con poco mas, dice Federico mismo, se hubiera llegado á ponerles lunares y darles afeites.

Al principio bastaron estas ventajas para asegurar á Federico las victorias; pero las derrotas enseñaban á sus enemigos, y tuvo que echar mano de nuevos recursos. Se dedicó á estudiar á sus predecesores, se hizo discípulo de los oficiales, y en poco tiempo tuvo en pié de guerra un ejército subdividido en las proporciones mas á propósito para poder colocarse en batalla cuando se creía conveniente, y cuyas partes podian separarse ó reunirse segun se queria, sin que se resintiese el orden ni los resultados, llevando especialmente á la mayor perfeccion el uso de las armas de fuego.

En lugar de obstinarse en corregir lo que pudiera haber de vicioso en el sistema de su padre, se dedicó á añadir lo que faltaba, y si se exceptúa el batallon de los gigantes que reformó inmediatamente, siguió la máxima de no hacer variaciones esenciales allí donde la reforma no compensaba el efecto de las máquinas. Conservó todos los regimientos de su padre con el mismo sueldo y costumbres, y principalmente aquella mezcla de nacionales y extranjeros que era su base, y la division del país en distritos con arreglo á los regimientos, para tenerlos completos á falta de reclutas extranjeros, lo cual unia la nacion á las tropas, y cortaba la desercion, « haciendo inmortal al ejército, » como dice el mismo Federico (1).

Quando Federico decia: « Si yo fuese rey de Francia, no se dispararía un cañon en Europa sin mi licencia, » su pensamiento principal debia referirse á la manera de reclutar el ejército. Ménos de seis millones de habitantes le daban ciento treinta mil soldados; en Francia, con el mismo sistema, los treinta millones hubieran dado seiscientos mil soldados, á los cuales, siendo todos nacionales, les hubiera impuesto otras leyes, un orden diferente, y medios de ataque mas vivos, mas rápidos y mas directos.

El ataque es natural á la Prusia, como al

(1) GUIDERT, su perpétuo admirador.